

Gance delante del director. Según me contó, la ruptura se precipitó a causa de una broma. Sucedió cuando el equipo preparaba la filmación de un castillo, cerca de un prado por donde picoteaban unas ocas. Cuando se ponen furiosos, estos animales arremeten con un terrible ímpetu. Temiendo esta reacción, Epstein avisó al guarda de la finca, quien aclaró el asunto: «Si nadie excita a las ocas, no pasará nada». Pero cuando empezaron a rodar, Buñuel asustó a la bandada, que se lanzó contra los operadores como una tromba, llevándose por delante hasta el trípode. Fuera de sí, Jean Epstein preguntó a Luis: «¿Es verdad que ahuyentó a las ocas? Muy bien, pues cuando lleguemos a París le daré a usted la cuenta».

En 1934 Buñuel se casó con su novia, Juanita Rucar, a quien traté poco. Advertiré que mi amigo fue uno de los machistas más recalcitrantes que he conocido, y a su esposa nunca le consultó nada, en materia alguna. Es más, cuando yo comía en su casa, sólo Luis y yo nos sentábamos a la mesa. Parece mentira que una chica *parisién* y deportista fuese a dar con alguien tan irracional como él³.

Poco después, se asoció con Ricardo María Urgoiti para formar Filmófono, comenzando una de las etapas más dichosas de su vida. Urgoiti ponía las pesetas y Buñuel se encargó de preparar todos los rodajes de aquella compañía cinematográfica, con la única condición de no firmar como director. Las películas resultantes fueron *Don Quintín el amargao* (1935), de Luis Marquina, *La hija de Juan Simón* (1935) y *¿Quién me quiere a mí?* (1936), ambas de José Luis Sáenz de Heredia, y *¡Centinela, alerta!* (1936), de Jean Grémillon.

Tuve gran amistad con Ricardo, un hombre muy inteligente cuyo padre, don Nicolás María de Urgoiti, había sido compañero de carrera del mío. Recuerdo que me decía: «Estoy encantado con Buñuel. Soy el gerente de la compañía y esto que me ha pasado con él no me ha ocurrido con nadie. Cumple al pie de la letra los plazos y los presupuestos y, ante un trabajo tan admirable, yo no puedo pedir más».

³ En una entrevista conservada en el Archivo de Radio Nacional de España, Jeanne Rucar, muy anciana, rememoraba su encuentro con Buñuel, en el estudio parisino que compartían Joaquín Peinado y Hernando Viñes: «Un día pasamos por la casa de Joaquín. Cuando entramos, Luis Buñuel me dijo: 'Oh, tengo pastillas para provocar el celo' [Rucar se refiere a un afrodisiaco, el clorhidrato de yohimbina]. Sucede que todos los españoles creían que las francesas éramos putas. Pero entonces Joaquín le dijo: 'No, Luis. Estas son señoritas de buena familia'. Días después, Luis vino a la casa de mi mamá, a comer. Mi papá me indicó que tocara el piano. Luis se acercó entonces hacia mí, y me dijo: 'Para tocar como toca, es mejor no tocar'. Así que cerré la tapa del piano. Tiempo después, Luis había empezado a rodar sus películas. Entonces me fui a trabajar con él, como secretaria. Pero cada vez que iniciaba un rodaje, él me encerraba en un cuarto, porque los actores franceses me miraban, y eso no le gustaba».

Como el estudio de Filmófono estaba en la calle García de Paredes, no lejos de donde yo vivía entonces, solía pasar por allí cada tarde, para luego irme con Luis a tomar una copa o cenar. Si era viernes, preparábamos nuestras excursiones a Salamanca, Toledo, Ávila o Segovia. Casado, propietario de un buen coche y sin preocupaciones políticas ni económicas, Buñuel era absolutamente feliz, porque en el fondo era un egoistón y vivir bien no lo cambiaba por nada, aunque luego despotricase contra la burguesía.

En nuestra correspondencia, recopilada por Sánchez Vidal, se advierten las barbaridades que Luis me decía sobre la poesía. Son algo intermedio entre la provocación y la sinceridad, sin llegar a ninguno de los dos extremos. De todas maneras, con ese carácter tan visceral, no extrañan los altibajos de aquella amistad con Lorca y Dalí. Así, en una carta que me escribió, hablaba de «ese cochino pintor catalán»⁴. Sin embargo, cuando poco antes de su muerte volvimos a hablar sobre esas discusiones, él afirmó que apreciaba mucho a Salvador. Según me dijo, Dalí era para él una gran persona y un extraordinario pintor, con quien había tenido diferencias ya olvidadas.

⁴ El 28 de julio de 1927, Buñuel escribe a Bello: «Pepín: Recibí una carta asquerosa de Federico y su acólito Dalí. Lo tiene esclavizado». El 22 de agosto del mismo año, el cineasta enviará otra carta a su amigo, insistiendo en su enfado: «Dalí me escribe cartas asquerosas. Es un asqueroso. Y Federico dos asquerosos. Uno por ser de Asquerosa y otro porque es un asqueroso». Y el 5 de septiembre, aún más airado, escribe: «Federico me revienta de un modo increíble. (...) Es su terrible estetismo el que lo ha apartado de nosotros. Ya sólo con su Narcisismo extremado era bastante para alejarlo de la pura amistad. (...) Dalí influenciadísimo. Se cree un genio, imbuido por el amor que le profesa Federico. (...) Con qué gusto le vería llegar aquí y rehacerse lejos de la nefasta influencia del García. Porque Dalí, eso sí, es un hombre y tiene mucho talento».